

ANÁLISIS DE LA OBRA

El tono con que se plantean las relaciones entre los personajes en esta obra vuelve a ser serio, como ocurría en *Ella es él*, *El pro y el contra* o, de forma más próxima, en *Lances de Carnaval*, donde sobre la figura del seductor se va abriendo Bretón a la “alta comedia”, fórmula dramática que –junto a otras de menor fuste, pero gran éxito– acabaría por absorber y desplazar a la comedia bretoniana.

Desde una actitud seria se plantea el enredo de seducción entre un libertino y la protagonista, joven recién casada y poco avisada. De modo similar se desenvuelve la oposición entre el “libertino” y el “protector”; puede notarse, al respecto, en dos detalles cómo Bretón ha variado su forma de hacer: el duelo que en *El pro y el contra* era visto de manera cómica, aquí se prevé con impulsos violentos y final en muerte; la expresión “hablar gordo” que en *El hombre gordo* movía a chiste fácil, aquí marca un momento de crispación. Seria, y lo que es más, racionalmente meditada es la sospecha contra un amigo y protector, que resquebraja uno de los sentimientos amables que señorean el teatro bonancible de Bretón. Falta la comicidad, asimismo, en la explicitación que el “protector” hace de su favor, y en la aparición –aunque leve– del resentimiento.

Sin embargo, no se trata de una manifestación genuina de comedia seria (menos todavía de “alta comedia”), porque, sobre ser

una pieza breve, no hay uniformidad en el tono de la obra. Con alguna frecuencia, y se diría que sin demasiado designio, asoma la broma (como si Bretón no pudiera evitar ceder a su categoría artística primordial), y la comedia pierde tensión sin ganar personalidad humorística. El carácter de la protagonista, por su extremada simplicidad, rayana en la tontería, es propio de una obra de humor. También lo es el “ardid” del “libertino”, quien para escapar del duelo se hace prender por su barbero disfrazado de policía. En la escena más violenta de la obra (la XIV del segundo acto), mientras se encrespan los ánimos de los intervinientes, el “libertino” va poniendo en sus apartes contrapuntos chuscos que desnaturalizan la acción. A similar indefinición de tono corresponden las que habrían de ser las manifestaciones más sentidas de ambos protagonistas en el momento culminante de la tensión dramática (escena I, acto II), que bordean el gesto melodramático, e incluso su caricatura. No cabe tampoco en una obra de tono uniforme serio una escena como la XIII del primer acto en la que, con una duración excesiva, la protagonista revuelve interminablemente su desordenado armario para no hallar las prendas que busca del vestuario de su bien amado esposo.

En relación también con el tono de la obra, un curioso aspecto es el que ofrece el tratamiento del personaje femenino de la protagonista. Una vez desaparecida la comicidad con la entrada en escena del “libertino”, la crispación dramática se mantiene por la actitud de dominio del marido y la postura humilde y sufridora de la esposa: la escena X del primer acto se desarrolla con el predominio de la modalidad imperativa del hombre (intervención breve, conminatoria: “Otro pantalón; camisa...// Despacha.// Ahora la camisa // Vengan unas// ¿Tanto te cuesta...? // ¡Voto a...! // ¡Paula! // ¡Vamos, Paula! //¡Válgate Dios!//¡Por las ánimas benditas; despacha!”), para finalizar “[*tomando el sombrero y yéndose enfadado*]”. Un aparte, además, marca en escena la imperiosidad y el desdén: “*Agustín*. (¡Qué mujer para un pobre!) [...] (Da grima el pensar...)”.

El personaje femenino, por su parte, responde con sumisión: “[*Llorando*] No me guardes ojeriza. / Yo me enmendaré... // Dulce imán de mi albedrío/ no me mires con desvío/ que ya arrepentida estoy. “

No sería más llamativo el hecho, si no fuera porque desarrollada la relación en esos términos hay verdadera profusión de consideraciones peyorativas sobre el personaje de Paula (“tan sandia”, “¡Pobrecita!”, “¡Que no has de acertar en nada!”...) Al personaje femenino se enderezan, además, las moralejas protectoras.

Curiosamente, y a pesar de esta tendenciosidad, en el personaje masculino (este esposo antonomástico) se desliza una inconsecuencia medular (sin duda porque vuelve a primar la intriga sobre los personajes): él descubre con facilidad al “libertino” y censura la tontería de su mujer, pero cree con facilidad el segundo error de su santa (esposa), cuando la estructura especular es evidente, haciéndose con ello copartícipe de la desatinadora.

En lo relativo a los aspectos técnicos, *Pruebas de amor conyugal* presenta dos novedades con respecto al teatro breve anterior de Bretón. Frente a las obras que la preceden, en las que una exposición había de poner al espectador al corriente de una acción que venía gestándose antes de que el telón se alzase, en ésta la peripecia se principia, desarrolla y desenlaza en escena. Por otro lado, la primera parte termina con un monólogo en el que un personaje desarrolla una justificación moral engañosa (el de *Mariana*, justificando su doblez y descargando su responsabilidad en las acciones de su señora), algo que volverá a aparecer en otras obras.

Coincide con el quehacer dramático básico de Bretón la mayor parte de los recursos empleados en esta obra. Se da una situación que es falsamente normal (recién casados, viaje del marido), porque ya hay elementos latentes que están a punto de desestabilizarla (falta de tino del personaje femenino); sobre ella se introducen los resortes precisos: intento de seducción del “libertino”, confusión de los motivos del “protector”, enfrentamien-

to a tres bandas (marido-libertino-protector), y aún uno más de añadidura, cuando la obra está ya encarando su final; la mayor parte de estos resortes asentados en caracteres extremados (prontos a la sospecha, al duelo...) y al servicio de la intriga, y nacidos del *quid pro quo*. La situación, dentro de una sencillez y un esquematismo usuales, se lleva a los extremos de la complicación: “Esta casa / es hoy torre de Babel”, dice la criada en un momento de la obra.

Se percibe la falta de acotaciones escénicas que marquen el funcionamiento de los códigos que intervienen en la obra. Frente a esta carencia, es excesivo el uso y la importancia del aparte; el carácter de la intriga se desvela con mayor frecuencia por medio de apartes y de escenas monologadas donde se explicita, que en desenvolvimiento dialogado: en las escenas culminantes de esta obra contrasta el desarrollo del diálogo, muestra de fórmulas de cortesía, con el contrapunto del aparte que lleva la acción seria de seducción.

A pesar de la brevedad de la obra –o quizá por ella– resaltan más los elementos no funcionales, aquellos que aparecen mal motivados o de relleno. En este sentido, sobraría la escena VI (largo monólogo de un personaje secundario, sobre evidencias, para concluir en que “hay gato encerrado”); como está de más la repetición de lo ya dicho y sabido, apostillada, por si fuera poco, con un “cuéntame otra vez” que desalienta al espectador. No es, por último, airoso recurso de técnica el de sacar de escena a un personaje que sobra (siendo principal: Paula), en un momento de tensión dramática del mismo (se cree burlada por su marido), con la argumentación de que va a buscar a su mamá (que es la suegra de su esposo), para “confundir a su marido”: no se sabe si es mejor o peor para la obra que cuando Paula, la protagonista, vuelva, lo haga sin la madre.

TEXT O

PRUEBAS DE AMOR CONYUGAL
COMEDIA EN DOS ACTOS

**Escrita para el Liceo de Madrid y estrenada
en el mismo día 8 de abril de 1840.**

PERSONAJES

PAULA. D. AGUSTÍN.
TERESA. D. RAMÓN.
MARIANA. D. CAYETANO.

UN QUIDAM.

La escena es en Madrid. Sala en casa de D. Agustín medianamente amueblada. Dos puertas laterales: la de la derecha conduce a la antesala, y ambas a las habitaciones interiores. Entre otros muebles habrá una cómoda y una mesa con recado de escribir.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

PAULA. MARIANA.

[Paula sentada, acabando de bordar una cartera. Mariana de pie quitándose la mantilla.]

Paula. ¿Conque hoy mismo? De alegría
no veo ya el abalorio.

Mariana. Me han dicho en el escritorio
que llegará a mediodía.

Paula. Ya dudaba ver el fin
de ausencia tan dolorosa.

Mariana. Ocho días no son cosa...

Paula. ¡Quiero tanto a mi Agustín!
Al que en triste soledad
recuerda a su dueño amante
le parece cada instante
un siglo, una eternidad.

Mariana. Ese pesar es muy justo.
¡Irse un marido a los tres
días de casado!

Paula. ¡Pues!
¡Mira qué plato de gusto!
Mas don Braulio el fabricante,
le envió de pronto a Uclés
comisionado y ¡ya ves!...
como el pobre está cesante...

No son de perder hoy día
cien duros.

Mariana. Pero es fatal
que al tálamo conyugal
alcance la cesantía.

Paula. Ya le emplearán, lo espero,
mediante la protección
de su amigo don Ramón,
que está ahora en candelero.
Y si no logro esta dicha,
¡cómo ha de ser! Fiel esposa,
me reduciré gustosa
a sopas de ajo y salchicha.

Mariana. Gran virtud es menester...

Paula. No me distraigas. Quisiera
acabar esta cartera...

Mariana. ¿Le quiere usted sorprender?

Paula. Sí.

Mariana. De realce dos palmas,
y enlazados los dos nombres
forman cifra...

Paula. No te asombres.
Lo mismo están nuestras almas.

Mariana. (En eso pone su ahínco:
en lo demás no se afana.)

Paula. Ya solo faltan, Mariana,
cuatro puntadas o cinco;
y pues salgo más de prisa
que imaginé con mi empeño,
antes que venga mi dueño
tiempo tengo de ir a misa.

Mariana. Y sobrado.

Paula. Tráeme pues
los guantes y la mantilla.
[Suena dentro una campanilla.]

Mariana. Voy. Sonó la campanilla.

Paula. Mira primero quién es.

ESCENA II.

PAULA.

¡Virgen, si a la esposa tierna
hoy vuelve sano y seguro,
otra misa oír te juro
descalza de pie y de pierna!

ESCENA III.

PAULA. D. CAYETANO. MARIANA.

Cayetano. Vengo a ponerme a los pies
de usted...

Paula. Beso a usted la mano,
amigo don Cayetano.

Mariana. ¿Dejaré para después...?

Paula. No, que si el tiempo no alcanza...
Perder la misa no quiero.
Anda, que ese caballero
es de toda confianza.

ESCENA IV.

PAULA. D. CAYETANO.

Cayetano. No quisiera ni un momento
incomodar...

Paula. No... Iba a misa...

Cayetano. ¡Oh! es obligación precisa.

Paula. Pero tome usted asiento.

Cayetano. Gracias. (¡Rostro como el suyo...!)
¿Qué borda usted, vecinita?

Paula. Una cartera.

Cayetano. [Acercándose a mirarla.]

Es bonita.

Paula. [Levantándose y dándole la cartera.]
Ahora mismo la concluyo.

ESCENA V.

PAULA. D. CAYETANO. MARIANA.

[Trae Mariana guantes, abanico y mantilla para su ama:
esta pone la almohadilla sobre la mesa.]

Mariana. Aquí está todo, señora.

Cayetano. [Mirando la cartera.]
Exquisita es la labor.
Yo no he visto igual primor.
(Estoy por la bordadora.)
¡Es obra maestra!
[Se la vuelve, y Paula la pone sobre la mesa.]

Paula. ¡Qué!
No tal. Usted me avergüenza.

Cayetano. Y aquí forman una trenza
dos iniciales, A y P.
¡Muy bien! Agustín y Paula.
Recíproco amor lo exige.
(¡Qué linda! Si no transige,
da conmigo en una jaula.)

Paula. Es un débil testimonio
de mi conyugal afecto.

Cayetano. ¡Ah! bien dicen, el perfecto
estado es el matrimonio.
Sobre tan plácida unión
no tienda Satán sus redes,
y Dios favorezca a ustedes
con fruto de bendición.

Paula. [Ruborosa.]
¡Vaya!... Ponme la mantilla.
[Juana se la pone.]

- Cayetano.* Un niño hermoso y robusto...;
pero usted tendrá más gusto
en que sea una chiquilla.
- Paula.* Haga Dios su voluntad.
Y usted, tan aficionado,
¿no se casa?
- Cayetano.* He tropezado
con una dificultad.
- Paula.* ¿Cuál?
- Cayetano.* Señora, ¡hay tanta maula!
Virtud, belleza, talento...
¿Dónde se halla ese portento?
¡Ah! ¿dónde hallar otra Paula?
- Paula.* En cualquier parte. Es tan poco
mi mérito...
- Cayetano.* Y en mis años,
tras de tantos desengaños,
¡casarme!... No soy tan loco.
Novio con el pelo gris
no puede vivir tranquilo;
que tiene el alma en un hilo
y su honra pende de un tris.
El dinero puede mucho
y, aunque de ello no me aplaudo,
con el oro que recaudo
puedo llenar un falucho;
pero placeres comprados
ya se sabe lo que son.
Las telas del corazón
no salen a los mercados.
- Paula.* No, señor.
[*Aparte a Mariana.*]
¡Qué buen sujeto,
qué honrado es nuestro vecino!
- Cayetano.* (¿Quién ha visto a un libertino
hecho un fraile recoleto?)

- Mariana.* [Aparte a Paula.]
Y tan amable, tan franco...
- Cayetano.* ¿Y cuándo llega el consorte
feliz?...
- Paula.* Hoy entra en la corte.
- Cayetano.* (¡No volcara en un barranco!...)
Mil y mil enhorabuenas...
Y a mí mismo me las doy,
que su apasionado soy,
aunque le conozco apenas.
- Paula.* ¡Cómo! ¿usted...?
- Cayetano.* Sólo de vista,
mas sus virtudes proclama
con cien trompetas la fama.
- Paula.* Favor que usted...
[Tomando el abanico y el pañuelo.]
Ya estoy lista.
- Cayetano.* Si él me honra con su amistad...
- Paula.* ¡Oh! el honrado será él.
- Cayetano.* Seré su amigo más fiel.
- Paula.* Gracias. Es mucha bondad...
- Cayetano.* Si puedo servirle en algo...
- Paula.* ¡Ah, señor...!
- Cayetano.* Sin cumplimiento:
suyo es desde este momento
cuanto tengo y cuanto valgo.—
Mas yo hablando a troche y moche,
y usted con la mantilla puesta...
- Paula.* No importa. Usted no molesta...
- Cayetano.* ¡Ah! Vaya usted en mi coche.
- Paula.* No. Mil gracias...
- Cayetano.* Hace un aire
terrible.
- Paula.* De aquí a la Red
no está lejos.

- Cayetano.* Mire usted
que lo tomaré a desaire.
Precisamente está ahora
a la puerta. Hice enganchar,
mas quise antes saludar
a mi vecina y señora.
- Paula.* ¡Y usted irá a pie por mí...
- Cayetano.* ¡Eh! mejor. Haré ejercicio.
El mucho regalo es vicio.
Vaya, diga usted que sí.
- Paula.* Porque usted no tome a mal...
- Cayetano.* Con usted iría al templo,
pero ese fuera un ejemplo
pernicioso a la moral.
- Paula.* Es verdad.
- Mariana.* (¡Camastronazo!)
- Cayetano.* Mas ya que cauto me privo
de ese honor, hasta el estribo
sírvasse usted de mi brazo.
- Paula.* Mal pago a tanta fineza
sería un desdén grosero.
[Tomando el brazo de D. Cayetano.]
Vamos... (¡Qué buen caballero!)
- Cayetano.* (¡Bien va! Por algo se empieza.)

ESCENA VI

MARIANA.

¡Qué bien toma mis lecciones
el socarrón! ¡Cómo sabe
el tuno hacer la gatita
de Mari-Ramos! El diantre

1. **Camastrón.** 'Taimado'; voz también empleada por Bretón en *Marcela*.

de los hombres. Mi señora
le tiene ya por un ángel.
¡Bien! Esto es algo.— Y no es poco
que, sin saber lo que se hace,
haya aceptado su coche.
Acaso más adelante,
luego que el pan de la boda...
[Suena la campanilla.]
Llaman. Voy... Ya ha abierto Jaime.

ESCENA VII.

D. CAYETANO. MARIANA.

Mariana. ¿Qué! ¿vuelve usted...?
Cayetano. Sí, Mariana,
sí querida. Vengo a darte
en albricias de mi dicha
este doblón para guantes.
Mariana. [Lo toma.]
Estimando. Ya ve usted
que mi consejo...
Cayetano. Admirable.
El primer paso está dado,
que es lo difícil, lo grande
de estos negocios. Ganada
su confianza...
Mariana. No obstante,
sin ganar la del marido...
Cayetano. Y eso no será tan fácil;
¿verdad?
Mariana. A fuerza de tiempo...
Cayetano. Es que, si quieres que te hable
con franqueza, temo mucho
que la paciencia me falte
a lo mejor.— ¿Es celoso?

- Mariana.* No le he notado ese achaque hasta ahora.
- Cayetano.* Bien. ¿Y qué me dices de su carácter? ¿Es hombre... de armas tomar? (No tengamos aquí un lance pesado...).
- Mariana.* Es como una malva.
- Cayetano.* No porque a mí me acobarde ningún hombre cuerpo a cuerpo, pero bueno es informarse... Vaya, ¿y qué flaco es el suyo? ¿Juega al billar o a los naipes? ¿es músico? ¿Es cazador? ¿es literato?
- Mariana.* Es cesante.
- Cayetano.* Basta.
- Mariana.* Sobre todo, ¡chito!
- Cayetano.* No es bueno que sepa nadie... Por supuesto. (¿Yo callar? Harto será. Soy tan frágil... Mas ahora tendré prudencia..., al menos hasta que alcance la victoria. A algún amigo de los más íntimos..., pasa; pero ¡en el café!...).
- Mariana.* ¿En qué piensa usted?
- Cayetano.* En mi plan de ataque.– Pero abur. Ya nos veremos despacio, que si viene alguien, podrá sospechar... Lo dicho. Si me ayudas en mis planes y logro lo que deseo, te hago feliz. Dios te guarde.

ESCENA VIII.

MARIANA.

Es preciso tener cara
de vaqueta y de vinagre
para negarse a servir
a sujeto tan amable.
La conciencia me remuerde
un poco; mas treinta reales
de salario mal seguro,
y sin provechos ni gajes,
¿qué son para que una moza
de mi rumbo vista y calce
y mantenga nada menos
que a un cabo de provinciales?
Si es tan santa mi señora
como de serlo se aplaude,
por más que sude el vecino
y por más que yo trabaje,
se quedará al fin y al cabo
tan honrada como antes.—
Y aún mucho más; que no hay mérito,
como decía mi madre,
en que triunfe la virtud...
cuando nadie la combate.
Si se rinde, buen provecho.
Ella será la culpable.
[*Suena la campanilla.*]
¡Pues!— Ella y los que gobiernan,
que, acumulando cesantes,
tantas ocasiones dan
para que el diablo las cargue.

ESCENA IX.

MARIANA. D. AGUSTÍN.

- Agustín.* [En traje de camino.]
¡Mariana!
- Mariana.* ¡Ah!... ¡Señor! ¡Tan pronto!
Yo creí que hasta más tarde...
- Agustín.* He madrugado algo más
de lo que pensaba. ¿Qué hace
Paula? ¿Dónde está?
- Mariana.* Ha salido
a misa.
- Agustín.* Eso es muy laudable.
- Mariana.* Creyó que tendría tiempo
antes de que usted llegase...
¡Cuánto sentirá...!
- Agustín.* No importa.
[Sentándose y dejando sobre una silla el sombrero.]
Molido estoy del carruaje.
- Mariana.* ¿Se ha desayunado usted?
- Agustín.* Sí; medio capón fiambre...
Supongo que no habrá habido
novedad...
- Mariana.* Ninguna.
- Agustín.* ¿Y Gálvez?
- Mariana.* ¿Don Ramón? Ha estado malo.
- Agustín.* ¿Qué me dices! ¿Cosa grave?
- Mariana.* No, señor. El reumatismo...
Habrá seis días... Sí, el martes,
hizo cama. Pero ayer
cuando fui yo a preguntarle
cómo estaba de salud
encontré vacío el catre.
Ya está tan guapo. Hoy vendrá.

Agustín. Me alegro. Siento sus males
como si yo...

Mariana. No lo extraño.
Son ustedes uña y carne...
(¡Voto va, ... y no se lo he dicho
a don Cayetano!)

Agustín. Dame,
mientras viene mi mujer,
las cartas que haya de Cáceres...

Mariana. No ha parecido el cartero.

Agustín. (Es raro el no contestarme
la familia. Sentiré
que desaprobe mi enlace...)
[*Suena la campanilla.*]

Mariana. Lllaman... Será la señora.

Agustín. [*Levantándose.*]
¡Ah! no te detengas. Abre.

ESCENA X.

D. AGUSTÍN.

¡La pobre!... Estos ocho días
se le habrán hecho mortales.

ESCENA XI.

PAULA. D. AGUSTÍN.

Paula. ¡Agustín!
[*Se abrazan.*]

Agustín. ¡Paula querida!

Paula. ¡Dulce sorpresa!

Agustín. ¡Mi bien!

Paula. Bendígate Dios, amén.
¿Vienes con salud, mi vida?

Agustín. Ya lo ves. ¿Y tú tan buena!

Paula. [Quítase la mantilla y la deja sobre la cómoda con el pañuelo y el abanico.]

Sí, mas en tal desconsuelo
milagro ha sido del cielo
no haberme ahogado la pena.

Agustín. Yo también muerto de esplín
sin tí y entre aquellas gentes...

Paula. ¡Oh! como otra vez te ausentes,
me voy contigo, Agustín.—
Di, ¿recibiste en la villa
de Uclés una carta...

Agustín. Sí.

Paula. En tres noches la escribí.

Agustín. ¡Tres pliegos y una cuartilla!

Paula. Por horas y por momentos
un circunstanciado parte
de mis obras quise darte,
y hasta de mis pensamientos.

Agustín. Me cautiva el corazón
tanta fe, Paulita bella,
pero...

Paula. Y otra como aquella
puse anoche en el buzón.

Agustín. Era inútil. Yo te creo...

[*Paula toma la cartera que dejó sobre la mesa.*]

(Si tardo en volver aquí,
no gano, pobre de mí,
para portes de correo.)

Paula. Toma.

Agustín. ¡Qué fineza!

Paula. En suma,
sólo amándote vivía;
con la aguja por el día,
por la noche con la pluma.

- Agustín.* ¡Qué cartera tan preciosa!...
Con la cifra de los dos...
¡Otro abrazo, ángel de Dios!
¡Feliz yo con tal esposa!
- Paula.* Y es poco para mi amor,
que quien el alma te da...
¡Ah!... ¿sabes que tienes ya
otro amigo y protector?
- Agustín.* ¡Otro amigo! ¡Otro...! ¿Quién es?
- Paula.* Don Cayetano, el vecino
de abajo.
- Agustín.* ¡Ya!
- Paula.* Anoche vino...
- Agustín.* ¡Cómo!...
- Paula.* A ponerse a mis pies.
- Agustín.* Y esa visita... ¿a qué santo...?
- Paula.* A título de vecino...
¡Qué buen sujeto! ¡qué fino!
¡Cómo le afligió mi llanto!
- Agustín.* ¿Tan tierno es de corazón?
- Paula.* Y cristiano muy cabal.
¡Qué máximas de moral!
Vaya, es un santo varón.
- Agustín.* Como hemos vivido aquí
tan poco tiempo, no sé...
no conozco... Ya se ve,
todo consagrado a ti...
¿Es joven?
- Paula.* No. Ya es machucho.
Cuarenta y tres le echo yo...
- Agustín.* Y su mujer ¿no subió...?
- Paula.* ¡Bah! ¡Si es soltero!...
- Agustín.* (¿Qué escucho!)
¿Cómo en casarse no piensa?
¡Eh! será algún perdulario...

- Paula.* No lo creas; al contrario,
tiene una fortuna inmensa.
- Agustín.* (¡Malo!)
- Paula.* Es un hombre muy profundo.
- Agustín.* Sí será...
- Paula.* Y tan timorato...
Le inclinan al celibato
desengaños de este mundo.
- Agustín.* Yerros de la juventud...
- Paula.* Si vieras con qué fervor
elogia el pobre señor...
- Agustín.* ¿Tu hermosura?
- Paula.* Mi virtud.
- Agustín.* ¡Oiga!
- Paula.* Un feliz matrimonio,
dice, es el supremo bien
en la tierra, es el Edén,
la...
- Agustín.* ¡Mire usted qué demonio!
- Paula.* Y como yo no imagino
encontrar en esta corte
tan angélica consorte...
- Agustín.* [Entre dientes.]
Prefiero la del vecino.
- Paula.* ¿Eh?
- Agustín.* Nada. (¡Y que ella se trague
la píldora!...)
- Paula.* Pues de ti
hace unos encomios...
- Agustín.* ¿Sí?
¡Qué bondad! ¡Dios se lo pague!
- Paula.* Porque, aunque no te conoce
sino de fama hasta hoy...
- Agustín.* La fama dirá que soy
el mejor Par de los doce.

- Paula.* Y añadió: Si puedo en algo servirle, si en algo influyo, cuente desde hoy como suyo cuanto tengo y cuanto valgo.
- Agustín.* ¡Tanto afecto en una noche!
- Paula.* También me ha venido a ver esta mañana...
- Agustín.* ¡Mujer!
- Paula.* Vaya, ¡y me ha ofrecido el coche!
- Agustín.* [Con risa sardónica.]
¿De veras?
- Paula.* Para ir a misa.
¡Qué bondad!... Quedarse a pie por servirme.
- Agustín.* Sí; je, je...
- Paula.* ¿De qué te ríes?
- Agustín.* ... De risa.—
Ha sido mucha atención.
Y... ¿aceptaste?
- Paula.* Sí, mi dueño.
Lo tomó con tal empeño.
- Agustín.* ¡No puedo más! ¡Maldición!
- Paula.* [Asustada.]
¡Ay, Dios mío! ¿Qué te ha dado?
¿Es a mí, o es al vecino...?
- Agustín.* Ese hombre es un libertino de profesión, un malvado.
- Paula.* ¿Cómo?...
- Agustín.* ¡Y no lo has conocido!
¡Ah! ¿qué hombre a mujer bonita con buena intención visita en ausencia del marido?
Te habló de virtud anoche para ganar tu amistad,
y hoy tiente tu vanidad

ofreciéndote su coche.
¡Y tú le oíste tranquila
cuando de tu esposo dijo
tantas lindezas! ¿Qué hijo
le he sacado yo de pila?
¿Creerá, ¡pese a Belcebú!
ese hipócrita insolente
que soy yo tan inocente...
o tan simple como tú?

Paula. ¡Ay, no te enojés! Perdona...
Yo he obrado sin malicia...

Agustín. Sí, sí; yo te hago justicia.
Esa ingenuidad te abona.
Si del bribón que te engaña
vil cómplice hubieras sido,
no harías a tu marido
revelación tan extraña.

Paula. Incauta fui; no te asombres,
querido. Mi buena fe...
¡Oh! de hoy más aprenderé
a conocer a los hombres.
¡Miren el mosquito muerta!...
¡Con qué diabólico enredo
quería... No tengas miedo,
que otra vez estaré alerta.
Si a mis ojos se aparece
el pérfido seductor,
le hablare con el horror
y el desprecio que merece.
¡Ah! sea culpable o no,
no vuelva jamás aquí.
Basta que te enfade a ti
para aborrecerle yo.
Aunque me ofrezca el Perú
como me ha ofrecido el coche,

- ¿será ese viejo bamboche²
tan amable como tú?
- Agustín.* Tan bello es tu corazón
cual tu rostro. No me ofendo:
basta; solo te encomiendo
que aproveches la lección.—
Voy a salir, y ese traje...
Otro pantalón; camisa...
- Paula.* ¿Adónde vas tan de prisa?
- Agustín.* A dar cuenta de mi viaje.
- Paula.* [Abriendo un cajón de la cómoda.]
¿Qué pantalón?
- Agustín.* El azul
turquí.
- Paula.* [Revolviendo el cajón.]
No sé dónde está.
Debajo... Aquí... Este será...
No; es mi mantilla de tul.
- Agustín.* Despacha.
- Paula.* ¡Si no lo encuentro!...
¡Ah! ya ha parecido. Ten.
[Saca un pantalón y se le da.]
- Agustín.* Ahora la camisa.
- Paula.* Bien.
[Abriendo otro cajón.]
En este cajón del centro...
- Agustín.* Sí.
- Paula.* [Registrando.]
En este lado hay calcetas...
- Agustín.* Falta me hacen; vengan unas.
- Paula.* [Dándole un par.]
Toma... ¿Y te vas en ayunas?

2. **Bamboche.** 'Persona rechoncha y de cara abultada y encendida.' (DRAE).

- Agustín.* No; ya almorcé.
Paula. [Registrando el cajón.]
Servilletas...,
sábanas..., que he de coser...,
enaguas...
- Agustín.* ¿Tanto te cuesta...?
Paula. ¡Ah! Toma.
Agustín. [Mirando la camisa que le da Paula y volviéndosela.]
¿Qué me das? ¡Si esta
es camisa de mujer!
- Paula.* [Riéndose.]
Dices bien. Aturrullada
con el dulce regocijo
de verte...
[Revuelve otra vez el cajón.]
- Agustín.* Vamos...
Paula. Pues, hijo,
ninguna tienes planchada.
Agustín. ¡Voto a ...! Me lleva Pateta.
Paula. No te incomodes, por Dios.
¿Has ensuciado las dos
que llevaste en la maleta?
- Agustín.* Sí, mujer; en ocho días...
Paula. ¡Qué quieres! Pensando en ti
noche y día... Yo creí
que tan pronto no vendrías.
- Agustín.* Pero es extraña omisión
esperar...
Paula. Calla, que presto...
[Acercándose a la puerta de la izquierda.]
¡Mariana! Una plancha, el cesto
de la ropa, el almidón...
- Agustín.* ¿Quién espera a que la plancha
se caliente?

Mariana. [A la puerta.]

¿Llama usted?

Agustín. Sin planchar me la pondré
como un tío de la Mancha.

[Despidiendo a Mariana.]

Allá voy.— La cubriré
con la corbata, y así...

Paula. ¿Saco la levita?

Agustín. Sí,
y el chaleco de piqué.

ESCENA XII.

PAULA.

[Sacando la levita y el chaleco.]

¿Dónde estará la levita?

¡Jesús! La cómoda está
tan revuelta... El primer día
que me levante de humor
y el tiempo me lo permita,
la he de arreglar... Aquí está.

[Saca una levita.]

La pondré sobre una silla.

[Lo hace.]

mientras busco ese chaleco.

[Desdoblándolo.]

¡Ay, que le falta una cinta!

¡Válgame el cielo! ¿De dónde
saco ahora... Tiene prisa...

¡Ah! esta es larga. Cortaré...

[Toma de la almohadilla una tijeras y corta un
pedazo de la cinta.]

El pedazo en la otra esquina
con un alfiler...

[*Lo prende.*]

Ya está.

Voy al instante; no diga
que no le ayudo a vestirse.

[*Deteniéndose y desdoblado la levita.*]

¿Tendrá polvo? No; está limpia.

[*Estirando el faldón.*]

Por vida de las arrugas...

Pero ¿qué veo! ¡Desdicha!...

Un botón colgando...

Agustín. [*Dentro.*] ¡Paula!

Paula. ¡Voy corriendo!— La almohadilla.

[*Registrándola.*]

¡Ay! ¡No tengo seda negra!

¿Qué haré? ¡Por vida...! ¡por vida...!

La aguja tengo enhebrada...

pero ¡con seda amarilla!

Agustín. [*Dentro.*]

¡Paula!

Paula. ¡Allá voy, amor mío!

[*Se sienta y cose apresuradamente el botón.*]

Coseré con esta misma.

¿Qué he de hacer? ¡Malditos sastres!

¡malditos de Dios! No cuidan

de asegurar los botones...

Daremos luego con tinta

a la seda...

ESCENA XIII.

PAULA. D. AGUSTÍN.

[*Don Agustín viene en mangas de camisa, con la corbata puesta y cubierta con sus puntas la pechera.*]

Agustín. ¡Vamos, Paula!

Paula. [Cortando la seda.]
¡Ah!

Agustín. ¿Qué haces?

Paula. [Levantándose.] Nada. Cosía un botón que estaba flojo.

Agustín. ¡Válgate Dios!

Paula. ¡Ese Utrilla...!

Agustín. Sí, Utrilla.– ¿Es este el chaleco?
[Lo toma.]

Paula. Sí, mi bien.

Agustín. [Soltando el chaleco.]
¡Cuerno, madrina!

Paula. ¡Ay Dios!...

Agustín. ¡Maldito alfiler!

Paula. [Toma el chaleco y prende mejor el alfiler.]
¡Diste en él por donde pinchá!

Agustín. ¡No lo hubieras tú prendido...!
[Se chupa un dedo.]

Paula. [Asustada.]
¡Sangre! Irán a la botica...

Agustín. No es nada. Me chupo el dedo...
de gusto.

Paula. Prendí la cinta
porque no esperases...

Agustín. ¡Oh!
¡Por las ánimas benditas,
despacha!

Paula. Ya no hay cuidado.
[Ayudándole.]
Mete el brazo.– El otro.– Avisa
cuándo he de atar...

Agustín. [Poniéndose los botones del chaleco.]
(¡Qué mujer
para un pobre!) Ata. (Da grima
el pensar...)

Paula. ¿Aprieto?
Agustín. Basta.
Paula. Ya está. Ponte la levita,
[*Se la da.*]
mientras te saco un pañuelo...
Agustín. [*Poniéndose la levita.*]
¡No, por la Virgen santísima!
que esa cómoda es... el caos,
y me darás una almilla³,
un calcetín... Me apodero
de este tuyo de batista.
[*Toma el pañuelo de Paula.*]
Paula. ¿Y guantes?
Agustín. [*Tomando el sombrero y yéndose enfadado.*]
Los compraré
de camino.
Paula. [*Llorando.*] ¿No te dignas
de decirme adiós siquiera?
¡Con qué crueldad me castigas,
ingrato!
Agustín. [*Entre enojado y enternecido.*]
No, mujer; pero...
Vaya, abrázame.
[*Se abrazan.*]
(¡Es tan linda
y tan cariñosa!...) Adiós.
Paula. No me guardes ojeriza.
Yo me enmendaré...
Agustín. [*Enternecido.*] ¡No llores...
Adiós, Paula. (¡Es una niña!)

3. **Almilla.** 'Especie de jubón, con mangas o sin ellas, ajustado al cuerpo'.
(DRAE).

ESCENA XIV.

PAULA.

¡Pobre Agustín! Se ha enfadado
con razón. ¡No tener lista
la ropa! Pero ocupada
con la cartera y la cifra...
¡Cunde tan poco el bordado
de abalorio!... Y las epístolas
amorosas que le he escrito...
Vamos, parece mentira
cómo se pasan las horas,
y hasta qué punto complica
los deberes conyugales
una ausencia repentina.—
¡No poder una pagar
costurera ni modista...
Si me ayudase Mariana,
tal cual, pero ¿y la cocina?
[*Suena la campanilla.*]
¡También es fatalidad
que esté tan mal de camisas
mi amado Agustín! ¡Jesús!
¡Mal haya la cesantía!

ESCENA XIV.

PAULA. D. RAMÓN.

Ramón. Buenos días, bella Paula.
Paula. Muy felices, don Ramón.
Celebro la mejoría.
Ramón. Malo o bueno, siempre estoy
a los pies de usted.
Paula. También
de enhorabuena estoy yo.

- Ramón.* Sí, ya he visto en la escalera
a Agustín; mas mi intención
era visitar a Paula,
y sin cumplir no me voy,
señora, con un deber
tan grato a mi corazón.
- Paula.* [*Recelosa.*]
(¡Qué oigo!) ¿Quiere usted sentarse?
- Ramón.* Sí haré.
[*Ofrece una silla a Paula y él ocupa otra.*]
Usted solo me dio
un parabién; mas yo espero
retribuirle con dos.
- Paula.* ¿Con dos parabienes?
- Ramón.* Sí,
y a mí propio me los doy.
Uno por la bienvenida
de Agustín, que es mi mejor
amigo, como usted sabe,
y otro porque creo que hoy
será colocado.
- Paula.* ¿Sí?
- Ramón.* Y ganando en graduación
y en sueldo.
- Paula.* Y a usted sin duda
debemos ese favor.
- Ramón.* El merece mucho más.
- Paula.* ¿Fuera de la corte?
- Ramón.* No,
que si usted saliese de ella
faltara a Madrid el sol.
- Paula.* ¿Cómo?... ¡Usted me dice...
- Ramón.* Injusto
fuera que tan linda flor
vegetase oscurecida
en Moguer o en Castropol.

Paula. Esas lisonjas...
Ramón. ¿Lisonjas?
No, señora. No lo son.
Si hay ángeles en la tierra,
uno es usted.

Paula. (¡Oh rubor!...)
Ramón. ¿Quién no envidiará la dicha
de don Agustín? Su unión...
Paula. [*Levantándose. D. Ramón se levanta también.*]
¡Eh! basta, ¡mal caballero,
pérfido amigo, hombre atroz!
Ramón. ¡Qué escucho!
Paula. [*Sin oírle.*] ¡Venir, a título
de amigo y de protector,
a requerirme de amores!
Ramón. ¡Yo, señora!...
Paula. ¡Qué traición!
Ramón. Pero si yo...
Paula. ¡Aparte usted!
Ramón. Pero, Paulita, ¡por Dios...!
Paula. Ni por Dios, ni por la Virgen.
Yo tengo honra. ¡Soy quien soy!
Ramón. [*Siguiéndola.*]
¿Quién ha pensado...? Oiga usted...
Paula. No, ¡jamás, jamás! ¡Qué horror!

[*Vase por la puerta de la izquierda, y óyese el cerrojo con que la asegura por dentro.*]

ESCENA XVI.

D. RAMÓN.

¡Y echó a la puerta el cerrojo!
¿Qué diablos la he dicho yo
que huye de mí como huyera
de algún sátiro feroz?

¡Porque la digo que es linda
se pone como un dragón!
¿Qué fuego ha visto en mis ojos,
qué mano se deslizó,
atrevida aventurera,
que así confunde el amor
con una galantería
propia del genio español
y de la franca amistad
que su esposo me inspiró?
¡Y cuando vengo a anunciarla
que debe a mi protección
y a mi influjo su ventura,
me paga... ¡con una coz!
No presumí que sería
tan zaína de condición.
[*Suena la campanilla.*]
Como apenas la he tratado...
Merecía, ¡voto a briós!...
No, que el justo sufriría
la pena del pecador.

[*Queda un momento pensativo. Toma luego el sombrero y se dirige a la puerta de la izquierda.*]

ESCENA XVII.

D. RAMÓN. D. CAYETANO.

Cayetano. [Sin pasar de la puerta.]
Pues ya ha salido de casa
el recién venido esposo,
le vengo a complimentar...
Pero ¿me engañan mis ojos?—
[*Adelantándose.*]

Ramón.

¡Ramón!... ¡Cayetano insigne!
¡Aquí tú!

Cayetano. ¡Tú tan famoso!
Ramón. Ya ha días que no nos vemos.
Cayetano. Desde el año treinta y ocho.
Ramón. ¿Dónde has estado?
Cayetano. En París,
en Roma..., y luego en Oporto,
en Cádiz... ¡Siempre gozando!
Hay humor y sobra el oro...
Ramón. ¡Bravo! ¿Vuelves según eso
tan libertino (y tan tonto)
como te fuiste?
Cayetano. ¡Eh, qué quieres!..
mientras uno sea mozo...
Ramón. ¡Mozo tú!
Cayetano. Es decir, soltero.
Y tú, grandísimo zorro,
¿humillaste ya la frente
al yugo del matrimonio?
Ramón. ¿Pues no sabes que soy viudo?
Cayetano. No me acordaba. Supongo
que no será tan austero
tu luto... ¿Se hace negocio?
¿Cómo te tratan las bellas?
Siempre fuiste venturoso.
Ramón. [Riéndose.]
Ya no. Me acaban de dar
calabazas...
Cayetano. [Dándose una palmada en la frente.]
¡Ah!... ¡Demonio!
¡Ya comprendo!... ¡La Paulita!
¡Mi linda vecina!
Ramón. ¿Cómo!...
Cayetano. ¡Pobre hombre! Has llegado tarde.
Ramón. Ya sé que es casada.
Cayetano. ¡Bobo!
El marido es lo de menos.

- Ramón.* ¡Oh! ¿Qué estás diciendo?
Cayetano. [*Bajando la voz.*] Hay mōros
en la costa.
- Ramón.* No es posible...
Cayetano. Quédese esto entre nosotros;
pero has de saber que Paula
corre de mi cuenta.
- Ramón.* ¿Qué oigo!
Cayetano. Ya he ganado a la doncella,
y lo que es el ama, pronto
capitulará...
- Ramón.* ¡Mentira!
¡Infamia!
Cayetano. ¡No hables tan gordo!
Cuando yo te digo...
- Ramón.* Mientes
como un vil.
Cayetano. ¡Eh! poco a poco...
(Ya es forzoso hacer de tripas
corazón.) Tomas un tono...
- Ramón.* El que merece un villano.
Cayetano. A tal insulto respondo
con una estocada.
- Ramón.* Acepto.
Cayetano. (¡Muerto soy!) No es a propósito
este sitio para hablar
del dónde, el cuándo y el cómo.
En mi habitación podemos
tratar...
- Ramón.* Bien.
Cayetano. Soy hombre solo...
Ramón. ¿Dónde...?
Cayetano. En esta misma casa,
cuarto principal, que pongo
a tus órdenes...

- Ramón.* Suprime
cumplimientos enfadosos.
- Cayetano.* Lo cortés y lo valiente
no se excluyen. ¿A qué prójimo
eliges para padrino?
- Ramón.* A don Agustín Orozco.
- Cayetano.* ¡Calle! ¡Al marido...!
- Ramón.* Cabal.
- Cayetano.* Yo tengo que buscar otro.
A las dos te espero abajo.
- Ramón.* Puntual seré. (Si le rompo
la crisma, tendré siquiera
ese justo desahogo.)

ESCENA XVIII.

D. CAYETANO.

Yo tiemblo. ¡Terrible apuro!
¡Por esta lengua maldita...!
Mengua es faltar a la cita;
soltar la pelleja... es duro;
y él me mata ¡de seguro!
si se efectúa la lid.—
¿Qué haré, cielos!... ¡Ah! un ardid...
Ya el peligro no me inquieta,
pues hay oro en mi gaveta
y policía en Madrid.

[*Vase por donde vino.*]

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

PAULA. D. AGUSTÍN.

Paula. [Con la mantilla puesta.]
Sí, mi adorado Agustín,
¡tanta ha sido su insolencia,
tanta su perfidia!

Agustín. ¡Paula!
Ten cuenta, por Dios, ten cuenta
con lo que hablas. Pueden ser
terribles las consecuencias.

Paula. No, no me engaño; ni solo
por una leve sospecha
turbaría yo la paz
de tu alma.

Agustín. ¿Quién lo creyera
de un amigo!

Paula. ¡Ay, Agustín!
Ya no extraño que pretenda
el vecino hipocritón
abusar de mi inocencia,
cuando tu mejor amigo...
¡Ya no hay virtud en la tierra!
¡Oh cuán a tiempo me abriste
los ojos con la fraterna⁴
de esta mañana!

4. **Fraterna.** 'Reprensión áspera'.

- Agustín.* Otra vez...
¡Es tanto lo que me cuesta
dar crédito a su traición!
Cuéntame otra vez...
- Paula.* Vergüenza
me da repetir...
- Agustín.* No importa.
Te lo suplico, y, si es fuerza,
te lo mando.
- Paula.* Yo no puedo
decirte al pie de la letra
los requiebros temerarios
con que elogió mi belleza.–
“Hermosa Paula, ya he visto
a Agustín en la escalera,
mas sin visitar a usted
no me voy, que es una deuda
¡tan sagrada...! ¿Qué sé yo?... Azucena...
Cuando me habló de tu empleo,
le pregunté: ¿es para fuera
de Madrid? Y respondió:
“¡No, jamás!, que con la ausencia
de Paulita, ¡ay Dios!, Madrid
se quedaría en tinieblas.”–
¿Qué más? ¡Ah! que tu dicha
envidiaba... ¡Horrible escena!
Yo me levanté indignada,
pero él, ¡nada! Por último,
me fugué echando a la puerta
el cerrojo. Hice muy bien;
¿verdad? ¡Las carnes me tiemblan!
¡Infame!
- Agustín.* ¡Infame!
- Paula.* Pero ¡por Dios,
mi bien!, que no haya pendencia.
- Agustín.* [Reprimiéndose.]
No.

Paula. Bueno es que le conozcas,
pero..., sin reñir...

Agustín. No temas.

Paula. Con el desengaño de hoy
no es ya de temer que vuelva...

Agustín. Dices bien. Estoy tranquilo...

Paula. Puedes estarlo de veras,
que en mi tierno corazón
tú solo, tú solo reinas.

Agustín. Lo sé.

Paula. Y tengo honra, Agustín,
y religión y conciencia.
¿Yo faltarte en lo más leve?
¡Yo! ¡Jesús! Primero muerta.

Agustín. Sí, lo creo. ¡Eres un ángel!—
Yo obraré con la prudencia
debida... ¿Ibas a salir?

Paula. Sí, a comprar hilos y sedas...,
cintas, agujas, botones...
No quiero que me suceda
otra vez... ¡Oh! voy a ser,—
ya lo verás—, muy casera,
muy hacendosa.— ¿No vienes?

Agustín. No puedo. Tengo unas cuentas
pendientes...

Paula. Adiós, bien mío.

Agustín. Adiós.

Paula. Pronto doy la vuelta.

ESCENA II.

D. AGUSTÍN.

¡Buenos estamos, honor!
¿Es esta, Ramón, es esta
tu amistad? ¡Necio de mí

que pude creer en ella!—
¿Y de qué me quejo? ¿Acaso
no me protege... y me emplea?
¿Cómo! por mi linda cara,
sin ninguna recompensa,
¿Sobornará a los porteros,
adulará a Su Excelencia
y sitiará noche y día
al oficial de la mesa?
Si él me pidiese dinero
como tantos que comercian
con su poder o su influjo,
¡oh! sería una bajeza.
Mas codiciar la mujer
de un protegido... es moneda
tan corriente... Así será
nuestra amistad más estrecha;
así brillará en la corte
esa hermosura modesta
que vive oscura, olvidada,
y así tendrán los poetas
satíricos nuevo asunto
donde lucir su agudeza.
[*Suena la campanilla.*]
¡Oh abominación! ¡oh infamia!
La sangre hierve en mis venas,
y toda la suya es poca
para lavar tanta ofensa.

ESCENA III.

D. AGUSTÍN. MARIANA.

Mariana. [*Viene por la puerta de la derecha.*]
De parte de don Ramón
Gálvez, este pliego.

Agustín. [Tomando uno que trae Mariana.]
Venga.—

Vete.

[Abre el pliego.]

Mariana. [Yéndose por la izquierda.]
(Está de mal talante.
¿Si tendrá alguna sospecha...?)

ESCENA VI.

D. AGUSTÍN.

El despacho consabido...
¡Oh! cumple bien sus promesas.—
Lo haré pedazos... Pero esto
ha de ser en su presencia.—
Una carta.

[Lee.]

“Amigo mío,
estamos de enhorabuena.”
[Interrumpiendo la lectura.]
¡Estamos!... Sí, ya comprendo...
¿Habrà mayor desvergüenza?

[Vuelve a leer.]

“Me apresuro a remitirte
el despacho. Estoy de priesa.
Luego te hablaré de asuntos
que a los dos nos interesan.”

[Suspendiendo otra vez la lectura.]

¡Traidor! Ya estará fraguando...

[Concluyendo de leer.]

“Adiós. Tuyo siempre.”— *Et caetera.*

[Guarda los papeles.]

Volaré en su busca. ¡Aleve!
No esperas tú la respuesta
que voy a darte.— Mariana.—
Donde quiera que le vea...

ESCENA V.

D. AGUSTÍN. MARIANA.

Mariana. Señor...

Agustín. Dile a tu señora
que salgo a unas diligencias.

Mariana. Bien.

Agustín. Y si el señor de Gálvez
vuelve durante mi ausencia,
que no se vaya, ¿lo entiendes?
o diga dónde me espera.

ESCENA VI.

MARIANA.

Nunca le he visto tan serio.
¿Habrà sabido tal vez
que el señor don Cayetano
quiere que dos sean tres?
Si la señora le ha dicho
como es tal su sencillez,
lo del coche y las visitas
de esta mañana y de ayer;
por más que ella le asegure
que el tal es hombre de bien,
no caerá tan fácilmente
don Agustín en la red.—
Pero al irse esta mañana
¡la abrazó con tanta fe!...
Sí, que por la cerradura
yo atisbaba... ¿Cómo pues...?
Luego me fui con pretexto
de oír misa, hacia el cuartel;
don Ramón vino entre tanto,
don Cayetano después...
Vuelvo y la encuentro llorosa,

y no me dice por qué...;
y se pone la mantilla;
y el amo vuelve también;
y hablan los dos en secreto;
y me da un pliego Ginés
para el amo; y él me pone
un gesto de Lucifer.
[Suena la campanilla.]
Vaya, aquí hay gato encerrado.—
Pero yo no acierto...
[Dirigiéndose a la puerta de la derecha.]
¿Quién?

Abre Jaime.— Una señora...
Teresa. [Dentro.] Hasta más ver,
y gracias.
Mariana. Aquí se cuela
sin decir Jesús ni amén.

ESCENA VII.

MARIANA. TERESA.

Teresa. [En traje de camino.]
¿Dónde, dónde está?
Mariana. ¡Señora!...
¿Por quién preguntaba usted?
Teresa. Por don Agustín Orozco.
Mariana. Aquí vive.
Teresa. Ya lo sé.
Me lo han dicho en el portal,
y que ya ha vuelto de Uclés.
[Dando algunos pasos.]
Pero ¿dónde está...?
Mariana. Ha salido.
Teresa. [Deteniéndose.]
¿Y su señora?

Mariana. También.
Teresa. [*Sentándose y dejando junto a la mesa la sombrilla.*]
A bien que no tardará
en venir.— Cosa cruel
es caminar en galera.
Con el continuo vaivén...
¡Jesús!...

Mariana. (¿Quién será...?)
Teresa. Hecha
traigo la cabeza un cascabel.—
Me quitaré este sombrero,
que se me salta la sien.
[*Se lo quita.*]
¿Y el ridículo? ¡Dios mío!...
[*Tentándose.*]
¡No hay más! ¡Allí lo dejé!
¡Qué cabeza! Pongo dentro
llaves, papeles, la fe
de difunto, y con la prisa
de venir, vengo sin él.
¡Mal haya...! Aunque sea sola,
y aunque lo paguen los pies,
[*Vuelve a ponerse el sombrero.*]
vuelvo al parador. De paso,
si ya han descargado, haré
que me siga con el cofre
algún mozo de cordel,
porque si espero a Agustín...
No obstante le escribiré
dos letras, y si entre tanto
llega...
[*A Mariana.*]
Tintero y papel.

5. **Ridículo.** Bolso pequeño de mujer.

- Mariana.* (¡Pues alabo...!)
[Mostrando la mesa.]
- Teresa.* Allí...
Voy, voy...
[Va a la mesa y escribe.]
- Mariana.* (¿Está loca esa mujer?
¡Qué trajín! ¡qué desconcierto!
Y sin decirme quién es,
habla como una cotorra
y manda a lo somatén⁶.)
- Teresa.* Ya basta.— Una oblea... El sobre...
- Mariana.* (Como si fuera un burdel
esta casa...)
- Teresa.* No, no espero,
porque el ridículo...
[Dando a Mariana la esquila que acaba de escribir.]
Ten,
y dásela en propia mano.
- Mariana.* ¿A don Agustín?
- Teresa.* [Yéndose.] Sí, a él.
¡Mal haya mi aturdimiento...!
- Mariana.* Pero de parte... ¿De quién?
- Teresa.* En la esquila lo verá.
No me puedo detener.
[Vase corriendo.]

ESCENA VIII.

MARIANA.

Pero... ¡Escuche usted, señora!
[Desde la puerta.]

6. **Somatén.** Aquí vendría a valer como 'con rebato y alboroto'; en *El pelo de la debesa*, venía a significar 'alborotador'. El somatén fue institución catalana, no militar, que se reunía a toque de campana (de ahí la traslación) para perseguir a los ladrones.

No está en el orden... ¡Se fue!

[*Vuelve a la escena.*]

Ella ha olvidado el ridículo.

mas no la ridiculez.—

¿Qué veo! Allí se ha dejado

la sombrilla.— Llamaré.—

No, siquiera pille un tifus

que la haga soltar la piel.

¡Justo castigo del cielo

porque ha sido descortés!—

Pues, con ese memori6n

feliz, tendrá que poner

en el *Diario de avisos*

ocho artículos por mes.

[*Suena la campanilla.*]

Han llamado. ¿Si será

la forastera otra vez...

[*A la puerta.*]

No. Es la señora. Esta casa

es hoy torre de Babel.

ESCENA IX.

PAULA. MARIANA.

Paula. [*Trae un bulto empapelado, que deja sobre la cómoda.*]

Ya traigo aquí provisi6n

de hilos y sedas distintas,

agujas, botones, cintas

y ovillitos de algod6n.

Judíos son los tenderos.

He corrido veinte lonjas.

Mil cumplidos, mil lisonjas,

pero ¡todos tan careros!...

¿Se fue Agustín?

Mariana. Ya hace rato.—

Yo he tenido una visita.

- Paula.* ¿De quién?
Mariana. De una señorita...
Paula. ¿Sí?
Mariana. De mucho garabato⁷.
Paula. ¡A ti visita! ¿A qué fin?
Mariana. Aquí se entró de rondón
preguntando *sanfason*...
Paula. ¿Por quién?
Mariana. Por don Agustín.
Paula. ¿Por él?
Mariana. Si no me equivoco,
le ha tratado antes de ahora.
Paula. ¿Quién es?
Mariana. No lo sé, señora...
y quizás ella tampoco.
Bien quise yo averiguar...,
mas no pude meter baza.
¡Qué torbellino! Su traza
es de una loca de atar.
No hay tino en lo que responde...
Ahí se dejó ese adminículo,
en la posada el ridículo,
la cabeza no sé dónde.
Paula. ¿Qué escucho!
Mariana. El aire es sardesco⁸.
Paula. Acaso serán los dos
parientes.
Mariana. ¡Y sabe dios
cómo será el parentesco!
Paula. ¡Cómo! ¿Tú sospechas...? ¡Cielos!...
Mariana. Piensa mal y acertarás.
Paula. ¿Quien creyera de él jamás...?

7. **Garabato.** 'Aire y garbo que la hacen atractiva'.

8. **Sardesco.** 'Aspero y vivo'. También en *El pro y el contra*.

- Mariana.* (¡Bravo! Ya pican los celos.)
Paula. ¿Conque preguntó por él?
Mariana. Pero ¡con qué regocijo!
Y al irse, dale, me dijo...
Paula. ¿Memorias?
Mariana. [Mostrando la esquela.] Este papel.
Paula. [Tomándola.] ¡Papel cerrado a mi esposo!
Mariana. ¡Y papel de una mujer!
Paula. Yo tiemblo. ¿Qué podrá ser?
Mariana. Algún billete amoroso.
Paula. ¿Tan pronto un hombre se muda?
¡Oh! yo no creo que él obre así...
Mariana. Rompa usted el sobre y saldremos de la duda.
Paula. ¿Romperlo? ¡Qué cosas tienes!
Yo no me debo meter...
Mariana. Entre marido y mujer ¿no hay comunidad de bienes?
Paula. Sí, pero... no me decido...
Mariana. ¿Hay un mandamiento más que diga: "no leerás las cartas de tu marido?"
Paula. No.— Y es tan fácil... Así... [Urgando la oblea.]
Con sólo empujar el dedo...
Mariana. ¡Ea!
Paula. Pero ¡tengo un miedo...!
¡Ay! ¡Se me escapó! ¡la abrí!
Mariana. ¡Miren qué casualidad!
Mas ya está abierta, señora.
Paula. Sí.
Mariana. ¡Pues!, y quedarse ahora sin leerla... es necedad.

- Paula.* Tienes razón. Ya es preciso...
el diablo me compromete...
Leamos. No es un billete
la fruta del Paraíso.
[*Lee.*]
“Mi amado Agustín, pensaba sorprenderte, pero con
el dulce afán de abrazarte, me he dejado el ridículo
en el parador. Vuelvo a buscarlo y entre tanto aquí
se queda el corazón...”
- Mariana.* Y la sombrilla...
Paula. [*Acabando de leer.*]
“De tu
TERESA.”
¡Ah! ¡infiel, perjuro, traidor!...
¿Tierra, cómo no le tragas?
Bien temía... ¿Así me pagas?
¿Esto merece mi amor?
- Mariana.* ¡Qué infamia! Y luego dirán...
¡Miren con qué retintín
puso: *mi amado Agustín*
y aquello del *dulce afán!*
- Paula.* Sólo habla así quien su pecho
rinde a amorosa pasión.
- Mariana.* Ahí te queda *el corazón*
de tu Teresa. ¡Esto es un hecho!
- Paula.* ¡Vil! ¡Y quizá no es más bella
que yo!
- Mariana.* ¡Hijas de Eva, aprended!
- Paula.* ¡Oh!...
- Mariana.* ¡Casado con usted...
y amancebado con ella!
- Paula.* ¿Mas por qué engañarme así?
¿Por qué se casó conmigo?
- Mariana.* Él dirá: por mucho trigo...
- Paula.* Pues se acordará de mí.
Y si vuelve esa bribona...

- Tratada de esta manera,
la más humilde cordera
se vuelve feroz leona.
¡Qué ingratitud, justo Dios!
¿Y cuándo la sufro, cuándo?
Cuando a mí me están rondando;
no un amante, sino dos;
¡y los oídos me tapo
cuando el uno se declara,
y da mi puerta en su cara,
y le pongo como un trapo!
- Mariana.* ¡Oh! si diera con la hija
de mi madre...
- Paula.* [*Sentándose llorosa y afligida.*]
¡Y aún le adoro!
¡Yo, que su perfidia lloro!
Mariana. (¡Qué constancia tan prolija!)
- Paula.* [*Levantándose.*]
¡No, no! Le aborrezco ya.
No quiero ser su mujer.
Un divorcio... Voy a ver
qué me aconseja mamá.
- Mariana.* Dirá que es la acción más negra,
más criminal...
- Paula.* [*Da algunos pasos como desatentada.*]
¡Loca estoy!
- Mariana.* (¡Gran día tenemos hoy!
¡Buen refuerzo es una suegra!)
- Paula.* [*Yéndose.*]
Sí, sí, vendremos las dos
a confundirle...
[*Volviendo.*]
¡Oyes!
- Mariana.* ¿Qué ?
- Paula.* No le digas...

Mariana. Callaré.
Paula. Adiós.
Mariana. Vaya usted con Dios.

ESCENA X.

MARIANA.

Ya la tenemos celosa
de su marido. Bien va.
Ella es joven y bonita.—
La venganza es natural.—
Y aquella es carta de amores.
¿Quién lo duda? *El dulce afán...*
¡Pues! Lo mismo que yo canto
cuando empiezo a jabonar.
Más de un cincuenta por ciento
tenemos ganado ya,
don Cayetano. En campaña
tenemos otro rival,
es cierto; ella lo confiesa,
pero también es verdad
que le ha dado calabazas.
[Suena la campanilla.]
No hará otro tanto quizás
con mi ahijado. Ha pocas horas,
la fruta estaba en agraz,
mas ella irá madurando...

ESCENA XI.

MARIANA. D. RAMÓN.

Ramón. (Será preciso operar...)
Mariana. ¿Quién...? ¡Ah! Señor don Ramón...
La señorita no está.

Ramón. Lo sé. La acabo de ver
saliendo ella del zaguán.
(Y ha pasado sin hablarme
más sería que un tribunal.)

Mariana. También el amo salió,
mas ya no puede tardar.
Me mandó decir a usted
que tuviese la bondad
de esperarle...

Ramón. [*Sentándose.*] Tomaremos
posesión de este sofá.

Mariana. Si tiene usted que mandarme
algo...

Ramón. Nada. Vete en paz.

ESCENA XII.

D. RAMÓN.

Me andará buscando el pobre
sin saber por dónde echar.
Como toda la mañana
ando de aquí para allá...
Pero si leyó mi esquila,
él, que es hombre tan puntual,
no echará en olvido...

[*Mirando su reloj.*]

¡Son
las dos y cuarto! Pues no hay
tiempo que perder.

[*Suena la campanilla.*]

Tocaron
la campanilla. El será.

[*Se levanta.*]

ESCENA XIII.

D. RAMÓN. D. CAYETANO.

- Cayetano.* [Entrando.]
(Aquí será más romántica
la escena, más teatral.)
- Ramón.* ¡Ah! ¡Eres tú!
- Cayetano.* Sí; vamos pronto.
Yo me canso de aguardar.
[Sacando y mostrándole el reloj.]
Mira este reloj.
- Ramón.* ¿Y qué?
Por cuarto de hora más
o menos...
- Cayetano.* Desde el balcón
te vi entrar en el portal.
¿No atinaste con mi cuarto?
Pues no hay tanta vecindad
en esta casa.
- Ramón.* He venido...
- Cayetano.* Yo no te creí capaz
de olvidarte de una cita
en negocio tan formal.
- Ramón.* ¡Cayetano!... Ni yo a ti
te juzgaba tan audaz...
- Cayetano.* Ea, excusemos razones
y vámonos a matar.
Mi padrino y los floretes
ya esperándonos están
en el coche. ¿A qué aguardamos?
En seis minutos ¡zis, zas!
nos planta Domingo fuera
de la puerta de Alcalá.
- Ramón.* Cuando quieras, por mi parte;
[Suena la campanilla.]
pero he venido a buscar

a don Agustín...
[Acercándose a la puerta.]

Él es.

Cayetano. (¡Y Paulita no vendrá!)

ESCENA XIV.

D. AGUSTÍN. D. CAYETANO. D. RAMÓN.

Agustín. Ramón...

Cayetano. Beso a usted la mano.

Agustín. Servidor... ¡al fin te veo!
Tenías que hablarme...

Ramón. Sí.

Agustín. Pues yo...

Ramón. Se trata de un duelo.

Agustín. Aciertas. Padrino tuyo
será el señor...

Ramón. Nada de eso.
Es mi contrario. El padrino
serás tú.

Agustín. ¿Padrino? ¡Y vengo
a matarte!

Ramón. ¡A mí!

Cayetano. (¡Esta es otra!)

Agustín. ¡Sí, traidor!

Ramón. ¡Yo! ¿En qué te ofendo?

Agustín. ¡Te atreves a preguntarlo!
Mete la mano en tu pecho...

Ramón. ¿Estás loco? Si la ofensa
no ha sido darte un empleo...

Agustín. ¡Oh! eres tú muy generoso,
¡sí! Guardaba el nombramiento...

[Lo saca.]

Ramón. ¡Agustín!

Agustín. [Haciéndolo pedazos.]

Hasta que vieran

tus ojos que lo desprecio
como a ti.

Ramón. Mira lo que hablas.

Cayetano. (¡Si ahora olvidasen mi pleito!)

Agustín. Guárdalo para los viles
que hacen infame comercio
con su honra.

Ramón. (Vamos, sin duda
me acusó Paula...) ¿Estás ciego,
Agustín? ¡Yo conspirar
contra tu honra, y la defendiendo
con mi sangre! Sólo falta,
para que sea completo
tu error, que des un abrazo
ese pícaro blasfemo.

Cayetano. Sella el labio, o vive Dios...
(¡Eh! ya estoy entre dos fuegos.)
Valga la verdad, vecino.
Yo...

Agustín. ¿Qué oigo! ¿Es usted el necio
que se atreve...?

Cayetano. ¡Poco a poco,
que yo no sufro dicterios...!
(¡Y no viene ese gandul!)
[A D. Ramón.]

Tú has sido poco discreto
en elegir por padrino
al señor. En mi concepto,
y es la práctica corriente,
no se va con esos cuentos
al marido, que es meter
en una casa el infirno.

Ramón. Máxima inicua y absurda.
El amigo verdadero
no oculta a un hombre de bien

- sus agravios y sus riesgos.
Por excusarle un disgusto,
cuando el mal tiene remedio,
no es razón que de su afrenta
le haga cómplice el silencio.
- Agustín.* ¡Eh! basta. ¡Bueno estoy yo
para escuchar argumentos!
Para defender mi honor
ni necesito ni acepto
hipócritas defensores.
- Ramón.* Te juro...
- Agustín.* No soy tan lerdo
que se me pueda ocultar
el motivo de tu reto.
Lo que tú vengar deseas
no es mi honor, sino tus celos.
- Ramón.* Bien, piensa lo que quisieres,
mas mi cuestión es primero
que la tuya.
- Agustín.* En hora buena,
con tal de que sea presto.
Lidia primero con él;
ser tu padrino consiento;
mas luego te batirás
conmigo.
- Cayetano.* Si antes no ha muerto,
que mi furor... (¡Cuánto tarda!)
- Agustín.* Es que también nos veremos
las caras usted y yo.
- Cayetano.* ¡Sí, señor! (¡Terrible aprieto!)
- Agustín.* Pues son dos los que me agravian,
de entrambos tomar anhelo
satisfacción.
- Cayetano.* Y será
un desafío en terceto.

- Ramón.* ¿A qué esperamos? (Después yo veré si le convengo.)
- Agustín.* Sí, vamos antes que vuelva mi mujer.
- Cayetano.* (Llegó el momento formidable... y no parecen.)
[*Deteniendo a D. Agustín.*]
Oiga usted. (Ganemos tiempo.)
[*Sacando la petaca y de ella un cigarro.*]
¿Podré encender este puro?
¿Habrá quien me traiga fuego?
- Agustín.* ¡Diablo de cigarro ahora!...
En la calle fumaremos.
- Cayetano.* No obstante...
[*Oyese un campanillazo.*]
- Ramón.* La campanilla ha sonado.
- Cayetano.* (¡Ellos son! ¡ellos!)
[*Levantando la voz.*]
Pues bien, sin fumar. ¡Al campo!
- Agustín.* Baje usted la voz...
- Cayetano.* No quiero.
¡Vamos!...
- Ramón.* Si es Paula...
- Cayetano.* Aunque venga una legión del infierno.

ESCENA XV.

D. AGUSTÍN. D. RAMÓN. D. CAYETANO. UN QUÍDAM⁹.

- Quídam.* [A la puerta.]
Yo sólo de entrar. Ustedes quédense ahí.

9. **Quídam.** Cualquiera. Voz que utiliza Bretón con frecuencia.

[Entrando.]

Caballeros...

Agustín. ¿Qué es esto? ¿Quién es usted?

Quídam. La autoridad.

Ramón. [Mirando por la puerta.]

¡Y con séquito

de gente armada!

Cayetano. ¡Un agente

de policía!

Quídam. No es cierto.

Inspector de protección
y seguridad del pueblo.

Cayetano. ¡Eh! lo mismo da aceituno
que olivo.

Agustín. Mas ¿con qué objeto
se allana mi casa....

Quídam. Estoy
autorizado al efecto.—
Mas nada va con usted,
y que pèrdone le ruego
si por no estar en su casa
habitación el sujeto
a quien yo busco...

[A D. Cayetano.]

¿Es usted

don Cayetano Ovillejo?

Cayetano. El mismo. Nunca he negado
mi nombre.

Quídam. Dése usted preso.

Cayetano. ¿Por qué razón? ¿Quién lo ordena?

Quídam. [Enseñándole un auto.]

Vea usted el mandamiento
de prisión.

[Don Cayetano figura examinar el documento sin soltarlo
de su mano el Quídam.]

- Agustín.* ¡Eso faltaba!
¡Sin comerlo ni beberlo,
en mi casa la justicia!
- Ramón.* [*En voz baja.*]
También debes ese obsequio
a tu mujer.
- Agustín.* ¿Cómo?
[*Siguen hablando aparte.*]
- Cayetano.* [*En voz baja al Quídam.*]
¡Bien!
¡De perlas lo estás haciendo!
Mil reales te he prometido...
Te daré mil y quinientos.—
Mas ¡cuánto mejor sería
que los prendiesen a ellos!
- Ramón.* [*Acercándose a D. Cayetano.*]
¿Qué es esto? ¿Qué mala yerba
has pisado?...
- Cayetano.* Contratiempos...
Lances... Un requisitorio...
Cierta niña de ojos negros,
con quien tuve relaciones
en Cádiz, viene pidiendo
matrimonio... Pero todo
se compondrá con dinero.
- Quídam.* Supongo que no hará usted
resistencia.
- Cayetano.* No por cierto.
Yo respeto a la justicia...
(Vale un Perú mi barbero.)
Pero iremos en mi coche,
que el decoro...
- Quídam.* Condesciendo.
- Cayetano.* No me da a mí mucha pena
la cárcel. Lo que yo siento

es irme sin ajustar
cierta cuenta...

Ramón. Yo prometo
que se ajustará tan pronto
como salgas del encierro.

Agustín. No la echaré yo en olvido.

Cayetano. ¡Bien! (Esta noche no duermo
en Madrid, y mientras vivan
no vuelven a verme el pelo.)
[*En voz baja como guardándose del Quídam.*]
Rueguen ustedes a Dios
que dure mucho el proceso,
porque verme en libertad
y enviar al cementerio
dos hombres... Vayan ustedes
preparando el testamento.

Ramón. [Con desprecio.]
¿Habría...?

Cayetano. Vamos. (En mi vida
he tenido tanto miedo.)

ESCENA XVI.

D. AGUSTÍN. D. RAMÓN.

Agustín. ¡Cuidado que el tal vecino
es mentecato y grotesco
si los hay!

Ramón. Y apostaría
ocho duros contra medio
a que se ha hecho prender
por no arriesgar el pellejo.

Agustín. Quizá... ¡Y mi mujer tan sandía
que le juzgaba modelo
de discreción y virtud!

Ramón. Pues bien, lo mismo que en eso
se engañó en atribuirme

- criminales pensamientos
de que yo no soy capaz.
- Agustín.* No; su labio fue sincero,
y ciertas acusaciones
no se hacen sin fundamento.
- Ramón.* Ella creería decirte
la verdad, que no es perverso
su corazón. ¡Así fuera
tan sano su entendimiento!
- Agustín.* ¡Ramón!
- Ramón.* ¿Tengo yo la culpa
de que ella cambie los frenos
y no distinga del falso
al amigo verdadero?
¿Podía yo figurarme
que frívolos cumplimientos
sonasen a sus oídos
como impúdicos requiebros?
- Agustín.* ¡Eso dices, y obligada
a huir de ti...!
- Ramón.* No lo niego.
Huyó de mí sin oírme
y echó el cerrojo por dentro.
Ese fue el yerro mayor,
que sin con rostro sereno
me hubiese oído, se hubiera
desengañado al momento.
- Agustín.* ¿A quién creeré de los dos?
¡Infeliz de mí! Confieso
que llamarte mi contrario
es mi más cruel tormento.
¡Yo haber de lidiar contigo;
yo, Ramón, que te profeso
el cariño de un hermano!
¡Quisiera morir primero!

- Ramón.* Tranquilízate. Por dicha
puedes quedar satisfecho
de mi inocencia ahora mismo.
[*Saca un oficio y se lo da.*]
Toma ese papel.
- Agustín.* [*Después de recorrerlo con la vista.*]
¿Qué veo!
Su Majestad te confiere
una intendencia...
- Ramón.* [*Sonriéndose.*] ¡En Oviedo!
- Agustín.* ¡Es verdad!
- Ramón.* Mira la fecha.
- Agustín.* De anteayer.
[*Le vuelve el papel.*]
- Ramón.* No era yo reo
todavía...
- Agustín.* ¡Ah! me confundes.
- Ramón.* Creo que sí.
- Agustín.* Ya comprendo...
“Estamos de enhorabuena...”
decía tu carta.— ¡Necio,
necio de mí!
- Ramón.* ¡Ya lo ves!
Si yo tuviera proyectos
hostiles contra Paulita,
no aceptaría un empleo
a setenta y siete leguas
del imán de mis deseos.
- Agustín.* ¡Oh! basta... Dame un abrazo.
[*Se abrazan.*]
- Ramón.* ¡Aprieta, que es el postrero!
- Agustín.* ¡Qué oigo!
- Ramón.* Pensé retardar
mi partida por lo menos
una quincena de días;
pero mañana me ausento.

Agustín. ¡Ramón! ¿Qué dices?
Ramón. La paz
de tu matrimonio...
Agustín. Pero
¡si estoy desengañado!
¡Si digo que me arrepiento
de mi locura...!
Ramón. No importa.
Tuviste una vez recelos
de mí, y la prudencia manda...
Agustín. No, sino ¡el resentimiento!
Ramón. Tal vez. La amistad sincera
es delicada y de un pelo
se ofende.— Mas te aseguro
que no pasará del puerto
mi rencor. ¡Ah! me olvidaba...
Voy ahora al ministerio,
porque es forzoso que extiendan
otra vez tu nombramiento.
Diremos que se ha perdido...
Agustín. ¡Qué ingratitud! Me avergüenzo...
Mas ¿qué quieres...? con la píldora
que yo tenía en el cuerpo...
Ramón. Es verdad.
Agustín. Pero, aún sin ella,
no admito ese documento
si tu partida apresuras
como has dicho.
Ramón. ¡Hombre...!
Agustín. Soy terco.
No te vas en quince días...
Ramón. Pero...
Agustín. O cesante me quedo.
Ramón. Sea, pues así lo quieres;
pero a tu casa no vuelvo.

- Agustín.* ¿Es posible...?
Ramón. Hasta que enviudes...
o corrijas los defectos
de tu mujer.
Agustín. ¡Pobrecita!
Hoy ha hecho mil desaciertos,
hijos todos del amor
que me tiene, ¡por supuesto!
mas si Dios no lo remedia
y su pasión va en aumento,
voy a ser tan venturoso...
que el mejor día ¡me cuelgo!
Ramón. Fácil sea corregirla,
porque repito que es bueno
su corazón. Me retiro...
¡Ah! otra cosa... Te aconsejo
que pongas pronto en la calle
a la criada.
Agustín. Lo ofrezco,
que su traza no me gusta.
[*Suena la campanilla.*]
Ramón. La infame estaba de acuerdo
con don Cayetano...
Agustín. Basta.
Ramón. [*Mirando a la puerta.*]
Es Paula. Adiós.
Agustín. Hasta luego.
[*Al irse D. Ramón hace a Paula una cortesía.
Ella le mira con desdén.*]

ESCENA XVII.

PAULA. D. AGUSTÍN.

- Paula.* (¡De paseo mi mamá
cuando yo la he menester!

Sin verla me vuelvo acá...)
¿Ha venido esa mujer?
Agustín. ¿Qué mujer?
Paula. No tardará.
Agustín. ¿Qué mujer? Di, por tu vida...
Paula. ¿Quién ha de ser? Tu querida.
Agustín. ¡Mi querida! Algún engaño...
Paula. La de marras, la de antaño...
Quien bien ama tarde olvida.
Agustín. Tú eres loca. ¡Qué prurito
de ver visiones!
Paula. No tal
¡Y airado alzabas el grito
contra un hombre desleal,
siendo mayor tu delito!
Agustín. Paula, ten piedad de mí.
Paula. ¡Oh!
Agustín. Por los clavos de Cristo...
Mira que ya no resisto...
Paula. Yo no miento. Ha estado aquí.
Agustín. Pero ¿quién? ¿A quién has visto?
Paula. Mira, su sombrilla es esa,
la que está junto a la mesa.
Agustín. ¿Qué me importa su sombrilla?
Paula. Ella tu traición confiesa;
¡tu traición y mi mancilla!
Agustín. Si hoy no estas dada al demonio...
Paula. No creas que te levanto
ningún falso testimonio.
Agustín. Pero...
Paula. ¡Infeliz matrimonio!
Eres hombre...; no me espanto.
Agustín. Pero ¿tú la has visto?
Paula. No.
La criada es quien la vio

cuando venía en tu busca;
y según dice es muy chusca...
Te gustará más que yo.
Algo olvidó en la galera,
y al marcharse la maldita,
sin querer decir quién era,
una carta dejó escrita,
que dice de esta manera.

Agustín. ¡Una carta! ¿Y la has abierto?
Paula. Sí, y en ella he descubierto...
Agustín. Dámela aquí... ¡Mal pecado!
Paula. [*Dándole el billete.*]
Tómala y ¡cáete muerto
de vergüenza, desdichado!!

Agustín. [*Viendo la letra.*]
¿Qué veo! ¡Grata sorpresa!
[*Lee para sí.*]

Paula. ¡Parece que te interesa
la lectura!

Agustín. ¡Oh! ¡mucho! ¡mucho!
¡La quiero tanto!...

Paula. ¿Qué escucho!
¿Te atreves...?

Agustín. ¡Pobre Teresa!

Paula. [*Llorando.*]
¡Ah qué horror! ¡qué felonía!

Agustín. ¿Adónde fue...?

Paula. ¡Mal marido!
¡Tú apresuras mi agonía!
[*Suena la campanilla.*]

Agustín. [*Andando hacia la puerta de la derecha.*]
Voy... ¿Si será...?

Paula. ¡Fementido!

[*Entra corriendo Teresa y la recibe en sus brazos D. Agustín.*]

ESCENA ÚLTIMA.

PAULA. D. AGUSTÍN. TERESA.

- Teresa.* [Trae el ridículo.]
¡Agustín!
- Agustín.* ¡Teresa mía!
- Paula.* [Fuera de sí.]
Aparta, mujer liviana.—
¡Y tú por darme pesar
la abrazas con tanta gana!
¡Cruel!
- Agustín.* ¿No la he de abrazar,
¡cuerpo de Dios!..., si es mi hermana?
- Paula.* ¡Ah!... tu hermana... Yo creí...
- Agustín.* ¡Que no es de acertar en nada!
- Teresa.* ¿Y la sombrilla? ¡Ay de mí!
Otra vez a la posada...
¡Qué memoria!...
[Viéndola.]
¡No: está allí!
- Agustín.* Pero ¡venir de esa suerte
sin darme ningún aviso!
- Teresa.* He querido sorprenderte.—
Y este viaje era preciso.
Mi viudedad... ¡Tú tan fuerte!
- Paula.* [Saludando a Teresa.]
¡Señora...!
- Teresa.* ¿Es esta tu esposa?
- Agustín.* Sí.
- Paula.* ¡Bienvenida!
- Teresa.* [Abrazándola y besándola]
¡Qué hermosa!
- Paula.* Gracias... Bien mío, ¡perdón!
- Agustín.* [A Teresa.]
Estaba de ti celosa.
- Teresa.* ¡De mí!

Paula. La misma pasión...
Agustín. Tu pasión me ha de perder.
Paula. Como no dijo quién era,
dije yo: debe de ser
su querida...
Agustín. Si lo fuera,
¿La traería aquí?, ¡mujer!
¡Mire usted que es fuerte asunto...!
Teresa. ¡Jesús! Si reñís, al punto
me voy de aquí, que bastante
reñí yo con mi difunto
don Telesforo Escalante.
Paula. Dulce imán de mi albedrío,
no me mires con desvío,
que ya arrepentida estoy...
Agustín. ¡Paula! ¿Sabes tú lo que hoy
me has hecho sufrir?
Paula. ¡Dios mío!
Agustín. Media resma de ternuras
en la carta más concisa;
monadas y bordaduras;
y ni el botón me aseguras
ni me planchas la camisa!
Mil alabanzas y mil
te merece un hombre vil
de perversas intenciones;
¡y al amigo honrado pones
como hoja de perejil!
Yo te creo como un loco,
y al amigo fiel provoco,
y se arma aquí –¡santo Dios!–
tal zalagarda¹⁰, que a poco
no me mato con los dos.

10. Zalagarda. 'Pendencia'.

Teresa. ¡Ay! ¡Se me erizan los pelos!
Paula. ¿Qué me dices? ¡Santos cielos!
Me da frío de terciana...
Agustín. Te ocurre en fin tener celos;
¡y los tienes de mi hermana!
Paula. ¡Perdona! Mi amor... Mi llanto...
Agustín. [Abrazándola.]
Sí, te perdono.
Paula. ¡Oh contento!...
Agustín. Pero ¡por Dios, dulce encanto,
por Dios!... no me quieras tanto,
o quiéreme... con talento.

